

La Palma.

SEMANARIO DE HISTORIA Y LITERATURA.

DOMINGO 5 DE ENERO DE 1844.

LOS AÑOS.

La idea del tiempo, así como la del espacio y demas ideas primeras y generales que van envueltas en casi todas las que concebimos, es la que ménos presente está á nuestro espíritu por su misma universalidad y abstraccion. Nosotros usamos de sus dones sin levantar á él la cabeza, y somos arrastrados en su vuelo sin sentir el viento de sus alas ó el rumor de sus pies; del mismo modo que el aire, vehículo de todas las sensaciones, es el que ménos afecta nuestros sentidos, y que se escapa no percibido por nosotros el aliento que nos dá vida. Es menester que el tedio ó la tristeza nos envuelva y aisle, que cesen nuestros sentidos en sus funciones al cesar la luz y el bullicio del dia, para que se nos aparezca alguna vez la misteriosa imágen del tiempo, ó sintámos sus pasos en la oscuridad. Uno da sin embargo tan gigantesco, que con él parece saltar un abismo, que en las lentas campanadas de media noche del postrer dia del año resuena profundo y espantoso en los que están despiertos, y despues del cual los que dispiertan á la mañana siguiente creen ver en torno de sí un mundo nuevo, y corrido un denso velo sobre el ya lejano espacio que ayer recorrian.

Los hay que viajando entre numerosa y alegre caravana, aturdidos por los negocios ó de-

vaneos que los arrastran, como por el rumor de un carruage, no tienen tiempo de echar una mirada al camino que andan ni de medir la velocidad con que lo recorren. Para estos la variacion de año no es mas que la variacion de calendario, un modo distinto de fechar sus cartas, un nuevo círculo de tiempo para el cual se debe formar un nuevo libro de asientos, ó un nuevo programa de diversiones y placeres. Viviendo á escape por decirlo así, y apresurándose á gozar, maldicen el intervalo que media entre cada uno de sus goces; y á vil precio malbarataran los instantes de un tiempo que les parece harto perezoso y largo para recorrer el corto círculo que su estrecha vista descubre, á ejemplo de aquel insensato Baron que nos pinta Soulié, quien despues de vender un mes á Satanas para conseguir algun deseo, le vendia luego otros tres para saber lo que le habia pasado durante aquel mes transcurrido como en un sueño.

Aquellos empero que solos y á pié emprenden su peregrinacion, y que si bien sienten la fatiga y las espinas del camino gozan mejor de la calma de la naturaleza, y de la variedad de las perspectivas, ven en cada nuevo año un mojon, como el que señala las millas en el camino real, que les anuncia no su distancia del punto adonde van, sino la de aquel desde donde partieron, y se entristecen ay! á cada uno de ellos, como el que se acerca al sitio de su muerte, y no á los muros deseados de su patria. Empujados en su viaje no les es lícito detener-

se y reposar sobre esos fatales linderos, y prosiguen lamentándose del tiempo con lágrimas que solo el buen empleo de él autoriza á derramar, porque nada hay tan imbécil como llorar un bien que entretanto desperdiciamos, y cuyo precio no sabemos conocer.

Cada año desgasta un poco la rueda del universo, cada año da un golpe á los cimientos de un edificio, cada año cubre de nuevas plantas y de nuevos vivientes la superficie de la tierra.

Sin embargo estos plazos de tiempo bastante breves para que el hombre pueda contar algunos en su breve vida, y bastante largos para que pueda recordarlos uno por uno, pasan de distinto modo sobre el mundo inanimado que sobre esta criatura inteligente en cuya memoria reciben todos sepultura, en cuya imaginacion tanta poesía despiertan escritos en el encanecido tronco de alguna encina, ó en las grietas de una fábrica ruinoso, y cuyos goces y sensaciones repiten y multiplican con la uniformidad de su curso, y la riqueza de sus recuerdos que unos á otros se transmiten. Si el sol llevando en pól á la tierra, recorriera sin órbita un espacio inmenso, si la naturaleza haciendo alarde de una fecundidad inagotable variase al infinito sus tesoros, si al despojarse así de sus galas como de sus vestiduras de luto las arrojase para no cubrirse mas con ellas á la manera de aquel opulento y afeminado Eliogábalo, si no presentase un aspecto semejante en períodos determinados; los acontecimientos que deciden de la suerte de los hombres y de los imperios, y los que forman las glorias de las naciones se sumergieran en el mar de lo pasado, y los que constituyen época en los recuerdos de nuestra familia ó de nuestra vida particular renovarían ménos vivamente en nosotros las impresiones que nos escitaron por primera vez. Mas ahora en el órden sabio de la Providencia cada dia y cada año en su aurora ó en su primavera, en su mañana ó en su verano, en su tarde ó en su otoño, en su noche ó en su invierno, siguen y recuerdan el destino del hombre que renace, vive y muere en cada uno de su giro, y el destino de los imperios y socieda-

des que es el mismo, si sus años se cuentan por dias, y por años sus siglos. Cada estacion en sus brisas ó en sus nieblas nos lleva los mismos recuerdos, hace brotar en nuestra alma los mismos sentimientos como en los árboles los mismos frutos, y deja en ella semillas que volverán á nacer á su tiempo en los años venideros. Entónces el deleite del hábito y de la costumbre tan poderoso en el hombre, la comparacion de lo pasado con nuestra presente situacion, el aspecto mismo del cielo y de la naturaleza que contrasta ó simpatiza con nuestras memorias, produce en nosotros una delicia vaga é indefinible, al traves de cuyo prisma la pasada dicha se reviste de mas brillantes colores, las lágrimas pierden su amargura y la desgracia su horror; porque los encantos melancólicos de los recuerdos son como los de la pintura y de la poesía que aunque nos tracen objetos horribles ó dolorosos cuya realidad nos disgustara, nos abren con su imitacion una nueva fuente de placer.

Así es como los hombres y los sucesos se clasifican por años, y la cronología pudiera llamarse el álgebra de la historia, pues cuanto en la memoria cabe lo espresa con pocas cifras que nada dicen á los que son estraños á las emociones de lo pasado, pero que al poeta y al pensador trazan con una sola fecha un nuevo mundo, una nueva escena con todas sus decoraciones, como el que recuerda al oír un título el drama entero que vió representar; que repueblan con otros edificios y otros habitantes el suelo por dó camina, que llenan los aires de trompetas y de alaridos en el aniversario de una batalla, ó asustan el sueño en la noche que recuerda en sus sombras una tradicion espantosa ó una catástrofe terrible. Para estos hombres privilegiados cada año es un panteon ó un calendario, en el que todas las glorias, los sacrificios y afectos todos tienen su altar y su solemnidad. Mil veces venturosos los que viven de una vez con la vida entera que han vivido y con la de todas las generaciones que les precedieron!

Difícil es empero en la actualidad hallar pá-

bulo á la imaginacion en los objetos que nos cercan, y el culto de lo pasado privado ya de toda su pompa y magestad exterior apenas encuentra asilo en algunas almas entusiastas. Cada poblacion vivia en otro tiempo vestida de sus tradiciones, y adornada con sus usos y sus fiestas como con joyeles, hasta que uno tras otro se las ha ido despojando de ellos, dando unos por ridiculos, otros por costosos, cuales por incómodos, cuales por anticuados, y para assimilarlas entre sí se las ha dejado á todas desnudas. Los dias del año vaciados en un mismo molde no tienen mas que su número por diferencia, y se confundieran todos en un monotono colorido si la atmósfera y la naturaleza no cuidaran de distinguirlos suficientemente. Aquellos dias de pompa ó de contento, esperados desde mucho antes y recordados mucho despues, cubiertos de crespones de luto ó de tímbreres de gloria, dias aristocráticos, por decirlo así, que descollaban sobre el resto de los plebeyos, han desaparecido de una vez, y ha pasado sobre ellos el mismo nivel igualador que sobre los hombres y sobre las cosas. El carnaval es ya menos bullicioso, la cuaresma menos austera, menos frecuentes las noches de hogueras ó de serenatas, las procesiones, romerías, y todo ese conjunto de religion, profusion, estrépito y aun locura que forma la animacion y la poesía de una sociedad. Las ciudades toman el aire de corte, y las villas el de ciudades, asi como el vulgo toma el de las clases superiores; y todos los sitios hierven en gente, y la gente en sed de diversiones; pero el pueblo, ese pueblo en todo estremado, que corre, clama y se alborozaba con el ímpetu y la sencillez de un niño, y parece tener solo una alma y una voz; ese pueblo ha muerto. Quizá alguna de esas ciencias filosóficas que ignoramos hallará en tal estado un motivo de parabien y satisfaccion; como hombres y como poetas podemos asegurar que la imaginacion y la vida han perdido en él no pocos de sus goces, y que nada ha ganado la moralidad.

Cada casa antiguamente, como todavía sucede en algunos pueblos de Alemania, llevaba su nombre particular que recordaba el dueño,

la posicion, ó alguna tradicion á ella anexa; en nuestras manzanas se designan ya por números, mas tarde acaso se numerarán las mismas calles, y no sabemos donde detendrán su invasion esas cifras representantes de un sistema metódico y matemático. Pero difícilmente se arrancarán sus recuerdos y su encanto á las cifras que representan los años, almenos en cuanto á los pasados, pues acerca de estos que vivimos, dudamos si aun despues de muertos podrán exhalar poesía, que es el aroma que despiden los siglos embalsamados en su sepulcro, y si aun vistos de lejos aparecerán pintorescos á la imaginacion.

J. M. Q.

Es Puig de ne Sátima.

Veisme aquí herido vengo
Ahora de una batalla,
Que entre cristianos y moros
En la vega fué trabada.

ROMANCE MORISCO.

Ligero como la brisa
Va fugitivo corcel:
Tan veloz la tierra pisa,
Que el ojo apenas divisa
El grupo montado en él.

Floja la rienda el bridon
Trepaba escabroso repecho,
Y el que monta en el arzon
De su trote mezcla al son
Los suspiros de su pecho.

Que es angustia muy acerba
Honor y patria perder,
Verse herido, y no saber
Que suerte el hado reserva
A una adorada muger.

A una muger como un cielo,
 Que toda su mente ocupa,
 Y cual estatua de yelo
 Muda cavalga en la grupa
 Cubierta de blanco velo.

No vuelvas, Fátima bella,
 Tus ojos á la ciudad:
 Hase eclipsado su estrella:
 Era ayer nuestra heredad,
 Y hoy vamos huyendo de ella.

Ayer de sus torreones
 Colgaban nuestras banderas:
 Si tus ojos hoy volvieras
 Aragoneses pendones
 Enhastados allí vieras.

Ayer el bravo guerrero
 Un rayo fué en la batalla:
 Temblaba el cristiano fiero,
 Viendo una franja de acero
 Encima de la muralla.

Mas hoy somos los vencidos,
 Y ellos son los vencedores.
 Infelices los rendidos,
 Que los pies de sus señores
 Besarán escarnecidos!

Y habrán de llorar á fuer
 De inconsolable muger,
 Teniendo el pecho de hombre;
 Porque hombres eran ayer,
 Y hoy han quedado sin nombre.

Llorarán sin esperanza;
 Que cuando falla el destino,
 Tanto pesa en su balanza
 Un bordon de peregrino,
 Cual de guerrero una lanza.

Oh! cuanto es de roedor
 El recuerdo de mi cuna!
 El pais encantador,
 Que de aromas y esplendor
 Bañaba la media luna!

Jardin que espuma rodea!
 Perla engastada en el mar!
 Aragon te señorea,
 Y te lleva cual preseña
 Engarzada en su collar.

Ya no sonarán lilies,
 Ni habrá cañas, ni ginetes,
 Con sus tocas tunecies,
 Sus adargas, y bonetes,
 Y marlotas carmesies.

Ya enmudece la dulzayna,
 Porque suena el caracol;
 Vuelve el alfange á su vayna,
 Que el trono de la Almudayna
 Ya le ocupa el español.

Ya, mas blancos que el jazmin,
 No cubren los almaizares
 Las bellas de su confin:
 Ni en sus altos alminares
 La voz suena del muecin.

Todavía ayer ufana
 Nos llamaba á la oracion;
 Ayer el muecin! mañana
 Tal vez ya de la campana
 Tañerá el ingrato son:

Y al nacer entre las olas
 El primer rayo de luz,
 Dorará las banderolas
 De las naves españolas,
 Y sus armas y su cruz.

Ay Fátima!... ayer señora
 La sultana de los mares,
 Y hoy como cautiva llora,
 Y un nuevo profeta adora,
 Y erige nuevos altares!

Porque Alah la ha maldecido,
 Y de Alah es la venganza,
 Que si no mi pecho y lanza
 Bien hubieran resistido
 Del cristiano la pujanza.

Enrique Nuñez.

Y no hubiera entonces ólas
De turbantes á los pies
De las huestes españolas,
Como alfombran amapolas
Las espigas de la mies.

Mas su ruina estaba escrita,
Y tambien lo está mi suerte,
Ay, que herido estoy de muerte,
Y el tormento que me agita
Es la pena de perderte.

Perderte! perderte á ti,
Rosa bañada en aroma!
Mas amable que la huri,
Que en el cielo de Mahoma
Se destinó para mí."

Bosques pasaba y pinares
El fatigado bridon,
Y sombríos olivares,
Sin sentir en los hijares
De su ginete el talon.

Y llegó á desierto monte,
Y trepaba su ladera,
A la luz que reverbera
El sol, que en el horizonte
Ya su rostro sumergiera.

Y sus últimos reflejos
En roja nube inmediata
Parecian á lo léjos,
Cual dorados rapacejos
En marlota de escarlata.

Y allí separó Azrael
Aquella noche á los dos,
Y en la tumba del doncel
Esculpió su esposa fiel:
No hay otro Dios mas que Dios.

* * *

Y es en palacio ó cabaña
Dó Fátima triste llora?
Solo sabemos ahora
Que conserva la montaña
El nombre de aquella mora.

T. A.

La mayor parte de mis lectores recuerda distintamente la antigua puerta del muelle, y el poyo elevado en que solian sentarse los dependientes del resguardo; pocos empero tendrán presente la adusta fisonomía de uno de ellos, cuyo ceño é inmovilidad debia llamar la atencion de los transeuntes. ¡Es tan corto el número de los observadores, al par que tan crecido el de los curiosos! Los introductores de víveres no podian olvidarle; mirábanle de reojo cuando ejercia las funciones de su empleo, respondian á sus preguntas balbuceando un monosílabo, y maldecian en sus adentros la nimia escrupulosidad del registro. Desdichado del que se arriesgara á pasar un género prohibido: toda la plata del Potosí no fuera suficiente para fabricar un candado con que cerrar aquella boca, y su acusacion hubiera sido ménos terrible que su mirada. Maravillábanse despues viéndole sentarse de nuevo en la estremidad del poyo; arrojar con notorio desden el puntiagudo hierro como si le sacaran entónces de la fragua, arrebujarse en un raído capoton, cruzar los brazos, hundir entre ellos su cabeza y volver á su estado normal de meditacion y aburrimiento. Sin duda aquel hombre padecia mucho. Enrique Nuñez (tal era su nombre) habia terminado su carrera militar decorado un hombro con una charretera de seda, y estropeado un brazo por una bala de plomo. Inútil para el trabajo se avergonzó de recurrir á la caridad del público, y aceptó aquella profesion para sostener una vida que le interesaba mas que la suya. Los primeros acontecimientos de su vida nada importan á mis lectores, ni debo detenerme en referir por qué accidentes habia parado en nuestra isla. Estrangero en ella tenia una hija de diez y ocho años que era toda su familia, todo su amor, todo su mundo; pero Enriqueta dividia los afectos de su corazon entre su padre y el mozo de una afamada droguería. Enrique

lo ignoraba, siendo así que perder la mitad de aquel corazón equivalía á doblar todas las pesadumbres del suyo. Una noche que debía ir de ronda, tuvo que retirarse á su casa ántes de la hora acostumbrada á causa de un imprevisto dolor que le taladraba las sienas. Estaba aquella situada en la esquina de un callejón, y cuando iba á enfilarse retrocedió. Había divisado un bulto bajo el ventanillo que caía encima de la puerta de su casa, y escondióse tras el ángulo de la pared quedando tan inmóvil y petrificado como el guardacanton que frisaba con sus rodillas. ¿Qué es lo que había oído? Enriqueta conversaba con un mozo que la dirigía mil protestas de una pasión entrañable; decíala que tenía abierta una tienda propia de droguero; pronunciaba terribles juramentos, y los acompañaba de una promesa... la de amarla toda su vida, pero darla su mano en público... no se atrevía. ¡La profesión de su padre! Y este padre lo oía, y callaba y bebía un sorbo de veneno en cada frase que salía de aquellos labios: todo el dolor de su cabeza había pasado á su corazón y se había centuplicado. La mañana siguiente habló con su hija, y pocos días después á las cuatro de la madrugada salían de la parroquia tres personas. Nuñez y el sacristán habían sido los únicos testigos de un contrato sacramental.

Tres años habían transcurrido y Enrique, desamparado de su hija, apenas conocía á su yerno. El pundonoroso inválido sufría con resignación este sonrojo perpetuo, porque en el silencio de sus penas estribaba la felicidad de su querida Enriqueta. Duro sacrificio el de alejarse de un objeto, porque se le ama: incompreensible cuando este amor, lejos de ser un crimen, es un afecto santificado por la naturaleza. Así nada tiene de extraño que la aspereza de su carácter arreciase de día en día, ya por los achaques de la edad, ya por la extrañeza de su posición, ya por el fastidio de su aislamiento; y que fruto de esta aspereza fuese una rigidez extrema en cumplir los deberes de su ministerio.

Un día la voz imperiosa de un guarda hizo

detener en la puerta del muelle un carro cargado al parecer de cables y velámenes.

— Qué traes ahí, dijo Enrique al conductor.

— Pues no lo ve V.? Están desartillando el javeque San Antonio para recomponerlo, y llevamos á almacenar estas jarcias.

— Jarcias no mas? debo averiguarlo.

Inmutóse el carretero, pero al momento recobró la serenidad y dijo: Mire V. que vamos á embarazar el público con ese bagage. Si no se fia de mis palabras, venga uno de ustedes conmigo. El almacén está á cuatro pasos de la Lonja, y mala peste me coja si se encuentra una brizna de esparto que no sea de ley.

— Tiene razón, saltó otro de los guardas comprendiendo rápidamente la intención del carretero. Aguija, muchacho, vamos al almacén y veremos si eres hombre de honor.

— Entonces os acompaño, añadió Enrique.

— Si fuese al infierno!.. profirió entre dientes el carretero al tiempo que sacudía un recio latigazo á la caballería, como por muestra de los que hiciera llover de buena gana sobre las espaldas del inflexible guarda.

Sin hablarse palabra los tres seguían el carro que traqueteaba horriblemente por el desigual empedrado de tortuosa y poco habitada calle. Obra de trescientos pasos habrían andado cuando el carretero y el otro dependiente rezagados adrede se encontraron enfrente de una taberna, donde en amigable compañía varios marineros y soldados interrumpían con sendos tragos su alegre conversacion. Aquel que era ladino cogió la ocasión de la melena, arrimó sus labios á los oídos del guarda, hizo colar misteriosamente sus dedos una cosa que relucía, y dejóle clavado delante el portal, cambiando en un momento sus deseos de seguir al carro con otros mas eficaces de echar un traguito.

— Hey! gritó á Enrique, ven acá hombre, no seas bobo. Es menester remojar el gáznate para tener bien despabilados los ojos.

Pero él proseguía su camino sin volver siquiera la cabeza.

— Testarudo! murmuró el guarda. Mas fácil sería á un niño de teta romper ese chuzo, que

á todos los santos del cielo doblar su alma de hierro colado.

Y entróse en la taberna.

El conductor llegóse á Enrique temblando y díjole.

— Conque, no va V. á refrescar?

— No bebo.

— Oh! si... vaya V.... media onza.... una si quiere.

— Ni ciento.

— Es V. muy cruel.

— Cumplo con mi deber.

— V. va á perder una familia.... á perderla enteramente.

— Yo no. La ley.

Esta firmeza de carácter desconcertó al carretero; pero su presencia de ánimo le sugirió un recurso para salvar su caballo del peligro que corria. Al llegar al puesto á que se dirigian, aprovechando un ligero descuido de Enrique, desenganchóle rápidamente, montó en él y largóse á todo escape. El impasible guarda púsose á desenvolver un rollo de cuerdas y á un tiempo aparecieron el droguero en la puerta del almacén, y un cajoncito clavado entre los cables.

— Por amor del cielo exclamó éste.

— Que es eso? preguntó Enrique.

— Salitre. Respondió el otro con voz apenas perceptible.

— Salitre! y extranjero?...

— Entrémoslo aquí... nadie nos ve.

— Entrarlo yo? Yo debo denunciarlo.

— Denunciarlo!... perderme!... Vos? Vos que sois...

— Soy dependiente del resguardo.

— ¿No sabeis...?

— Sé mi obligacion.

— Enrique! gritó el droguero con el acento de rabiosa amargura y golpeando el suelo con furia desesperada.

Enriqueta apareció en el mismo instante. Un niño colgaba de su pezon materno, y un chico de dos años la tenia asida por las faldas de su vestido. Ella comprendió con una mirada la situacion de su esposo y exclamó: Padre mio! Padre mio!

— Oh! quiere asesinarlos.

— Sí, yo os asesino, exclamó tristemente Enrique, yo clavo un puñal en vuestros pechos. Yo!... Yo que diera mi sangre toda por salvaros, y no debo daros mi silencio que bastaria. No tener mas amor que el de una hija, sacrificarlo todo por ella, y verse obligado despues á ser el instrumento de su ruina; oh! Comprended si es posible mi horrorosa situacion. Hijos míos, yo padezco mas que vosotros.

Y volviéndose despues á su yerno, díjole: ¿son tuyos esos cajones?

— Sí, únicamente míos.

— Pues debes venir preso.

— Preso! exclamó con un grito de dolor Enriqueta echándose á los pies de su padre, y abrazándole tiernamente las rodillas; los niños se pusieron á llorar como si comprendiesen su futura desgracia, y los suspiros de Enrique no faltaban para completar aquel concierto de afliccion. Gruesas lágrimas corrian por sus tostadas mejillas: eran las primeras que se habian desprendido de sus ojos.

— Preso yo? maldito seais de Dios y de los hombres.

Y esto diciendo entróse repentinamente el droguero, y atrancando tras sí la puerta fué á descolgarse por una ventana que salia á otra calle, y desapareció.

El tribunal de rentas se apoderó de los géneros de comiso: el droguero huyó á la América olvidándose de que era padre y esposo: Enriqueta perdió sucesivamente el sosten de su marido, los recursos de su fortuna, las fuerza de su salud y las caricias de un hijo. Abismada en tantos infortunios solo le quedaba un padre y un hospicio. Ella escogió lo último. Enrique abandonado de todo el mundo, mirado con horror de cuantos le conocian por causa de los desastres de su familia, nunca conversaba con sus compañeros, ni se distraia de su continua meditacion. Aislado en la estremidad del poyo arrebujado en su capote, hundida la cabeza entre sus brazos tal vez se preguntaba á sí mismo: ¿soy un monstruo, ó soy un héroe? Y no sabia que responderse.

RESIGNACION.

Pourquoi gemis - tu sans cesse,
O mon ame, reponds - moi?
D' où vient ce poids de tristesse
Qui pèse aujourd'hui sur toi?
LAMARTINE.

¿Por qué del tedio abrumada
Mi alma flaquea, y se postra?
Por qué no espera, y arrostra
De la fortuna el rigor?
Será que los males caigan
Sobre el hombre sin medida,
Y tenga aliento la vida,
Y falte al alma vigor?

¿Será que al abrir la mano
Que derrama los enojos,
Cierre el Eterno sus ojos,
Y no los cuente al caer?
O qué vuelva sus espaldas
Después que al hombre ha herido,
Y ni escuche su gemido,
Ni sus llagas quiera ver?

O que en su alcázar del cielo,
Amurallado de nubes,
Y guardado de querubes,
Se ostente sombrío Rey,
Y no vuelva una mirada
A los ojos en él fijos,
Y olvide el Padre á sus hijos,
Y olvide el Pastor su grey?

Nó; las horas, que de acibar
Vá bañando mi fortuna,
El las cuenta de una en una,
Cual también las cuento yo.
Yo para fijar por ellas
El número á mis congojas,
El para añadir mas hojas
Al lauro que me tejió.

Si para mí le tejiste,
Padre mio, no permitas
Que las vuelva yo marchitas
Con mi insensato dolor:
Que si el cuello no someto
Al yugo que me destinás,
Sentiré mas las espinas,
Sin coger nunca la flor.

¿Qué importa que algun hermano
Mi enemigo se declare,
Y que el mundo no me ampare,
Y me mire con desden:
Si el ojo inmenso, á quien verme

En tanta miseria plugo,
La víctima del verdugo
Discernir sabe muy bien?

¿Qué importa que en esa tierra
Viva sólo y sin abrigo
Ni haya quien lllore conmigo,
Ni haya quien lllore por mí;
Si clavar puedo mis ojos
Hacia el estrellado velo,
Y esclamar por mi consuelo:
«Un amigo tengo allí»?

¿Qué importa que esté bebiendo
En rudo caliz de cobre,
Henchido de agua salobre
Su licor hasta la hez;
Si la vida es solo un sorbo
Que nunca deja resabio,
Y luego al amargo labio
La miel endulza tal vez?

Oh! por qué mi alma está triste?
¿Por qué tan lánguida gime,
Y este peso que la oprime
No soporta varonil?
Y al mismo tiempo que siente
Ser mengua su cobardía,
Llora como lloraria
Un corazón femenil?

Soy débil, Señor, muy débil;
No condenes mi tristeza,
Que mi virtud es flaqueza;
Solo la tuya es virtud.
Encallado en la miseria
Sin fuerzas alzarme aspiro;
Cual un viagero me miro
Sorprendido del alud.

Ya sé que vivo en la noche,
Y que ha de rayar mi aurora;
Mas yo contemplo mi *ahora*,
Sin meditar mi *después*:
Y cegada de la bruma,
Mi vista á mirar no alcanza
Como brilla la esperanza
De las sombras al traves.

Si mi fé medio apagada
Sus leves alas apronta,
Y mi alma ya se remonta
A tu divina region;
Apénas la tierra dejo,
Cuando me fatiga el vuelo,
Y cae, ¡ay triste! del cielo,
Porque es carne el corazón.

T. A.

PALMA DE MALLORCA.

Imprenta nacional á cargo de D. Juan Guasp.